inmortalidad futura, inclinábase por desgracia, más que á prometer recompensa á la virtud despues de la muerte, á creer en la completa disolucion del hombre y del mundo.

¿Cuál era, pues, el sosten de una virtud cuyo carácter principal formábanlo la resignacion, la paciencia, la entereza contra el infortunio? Para establecerlo adopta Epicteto un medio muy sencillo, pero muy falso; para inducir al hombre á soportar el dolor, lo niega; para que se abstenga del placer, dice que el placer no existe, con lo que vuelve á la declamatoria expresion del antiguo estoicismo de Zenon para el cual el dolor y el deleite eran ilusion y nada más que ilusion de la fantasía.

Nada podía esperar el mundo de aquella filosofía, y en efecto, nada esperaba; la escuela que prescindía de la MITOLOGÍA, lo mismo que aquella que la conservaba reformándola, no llevaba en sí el divino gérmen que había de regenerar al mundo; una y otra, dejando al vulgo de los hombres en sus vicios y supersticiones, sólo se dirigían á los sabios y poderosos; su accion entre el pueblo fué nula, y esto que la primera, ó sea el nuevo estoicismo tuvo la singular fortuna, pocas veces vista, de sentar en el trono imperial en la persona de Marco Aurelio á uno de sus más ilustres discípulos y sostenedores.

Al espirar el emperador Antonino en el año 161 de J. C., el derecho que confería la adopcion, la voluntad del moribundo monarca, la aprobacion del Senado que constituía la verdadera legitimidad de los emperadores romanos, y tambien, segun toda probabilidad, la aprobacion de los pretorianos y de las legiones que constituía su verdadera fuerza, confirieron la púrpura imperial á Marco Annio, convertido por la adopcion en Aurelio Antonino y conocido por los historiadores modernos con el nombre de Marco Aurelio. Desde la edad de doce años llevó el nuevo emperador el manto ó la capa del estoico, y en su alma verdaderamente privilegiada hallaron cabida, y en ella se mostraron fuertes como nunca, aquel sentido moral, aquella espiritual tendencia á lo alto, más instintiva que lógica, que acabamos de ver en los escritos de Séneca y Epicteto. En efecto, la espontánea inclinacion á la virtud, con independencia de las ideas metafísicas que entónces la contrariaban más que la favorecían; aquel amor al bien que se trasluce por entre las impurezas de Séneca, que se ve en Musonio y que resplandece en Epicteto, es aún más visible en Marco Aurelio. Conócese que en aquel período de ciento y tantos años la conciencia del linaje humano había despertado, y si el instinto del bien, si los nobles impulsos del corazon bastasen para formar por sí solos una filosofía y para ser regla de vida; si la virtud pudiese prescindir de la razon lógica sin la cual el entendimiento no se rinde, seguramente que la de Marco Aurelio, por él llevada hasta los límites del Cristianismo, habría dejado en su sociedad y en su siglo muy profunda huella. Sin embargo, como vamos á ver, pasó sin hacer, áun sentada en el trono, un solo discípulo.

Contemplemos en los *Pensamientos* que de él nos quedan, obra no destinada á la publicidad, algunas de las sublimidades y bajezas del imperial filósofo, conforme hemos practicado con varios de sus antecesores.

Marco Aurelio, modesto y humilde cual no fuera ántes que él gentil alguno, tiene el mérito de reconocer y confesar en todo el mérito ajeno ántes que el propio: no él, sino sus maestros, sus padres y los dioses son los que han puesto en su alma la escasa bondad que allí se encuentra y los que le han librado de las ocasiones de culpa. A todos les da gracias; á los dioses que «le dieron un buen padre, una buena madre, una buena hermana, buenos preceptores y buenos amigos;» á su padre segun la naturaleza, á quien apénas conoció, por los recuerdos de virtud que de él conserva; á su padre adoptivo, por los ejemplos de moderacion que le ofreció desde el solio; á su madre, por sus saludables consejos; á sus preceptores, por sus altas lecciones. Complácese en ver las virtudes ajenas, la actividad, la delicadeza, la liberalidad de unos y otros, y es tanto el placer que en ello encuentra como la pena y el enojo que siente al contemplarse á sí mismo.

«Cállate, vil esclavo, dícese á sí propio, no tienes derecho de hablar. ¡Cúbrete de vergüenza, alma mia! Tu vida está próxima á concluir, y todavía no has aprendido á bien vivir. Muchos son los que saben, y tú más que nadie, cuán lejos estás aún de las santas máximas de la filosofía.»

La gloria, el vano renombre que fué el más poderoso móvil de la virtud antigua, no le atrae ni seduce:

«La gloria mayor que darse puede dura apénas el tiempo de unas pocas generaciones; pero áun cuando hubiese nuestro nombre de quedar eternamente en la memoria de los hombres ¿qué provecho reportaríamos de ello?... ¡Insensatos de nosotros, que no damos gran valor á las alabanzas de nuestros contemporáneos, que pueden llegar á nuestro oido, y tan grande lo ciframos en las de la posteridad, de las cuales no nos enterarémos jamas! Afligirse porque no nos han de celebrar los siglos venideros equivale á sentir pesadumbre por no haberlo sido por los siglos que han pasado... Piensa ¡infeliz! en la gran multitud de hombres que viven y vivirán independientes de tu poderío, en los muchos que ignoran tu nombre y lo ignorarán siempre, en los infinitos que dentro de poco no han de acordarse de él. ¡Cuántos te bendicen hoy que maldecirán de tí mañana! ¡Ah! cosa en verdad bien frívola es esa gloria y muy indigna de ocupar al hombre.»

Suave, afectuoso, extiende el amor que á los suyos profesaba á todo el linaje humano, porque á sus ojos forma éste una sola familia.

«Existe estrecho parentesco entre los séres todos dotados de razon, dice; el mundo es como una gran ciudad en cuyo seno las demas ciudades no son más que familias.»

«Haz bien á todos, dice más adelante, á todos sé útil; sirve á todos los hombres y á cada uno de ellos... Sé humano, sé benévolo... La guerra agresiva es un verdadero crímen... No te canses de hacer bien á los demas, pues al beneficiarles á ellos á tí te beneficias, y nadie puede cansarse de recibir bienes. Prefiere la ventura ajena á la tuya propia imitando á los Lacedemonios, quienes, en sus fiestas, reservaban para los extranjeros los mejores sitios... El hombre que por ira se aparta de su prójimo se separa de la sociedad toda, lo mismo que la rama desprendida de la inmediata se encuentra separada del tronco. Ama, pues, á todos los hombres, ámalos de lo más íntimo del corazon. En cualquier esfera en que te veas colocado, ama á aquellos con quienes has de vivir; ámalos, pero de verdad.»

Marco Aurelio muéstrase agradecido á su madre por haberle enseñado la beneficencia, y á los dioses por no haber carecido jamas de recursos para socorrer á los pobres.

«No rechaces de tí ni al hombre malo, ántes bien compadécele; instrúyele sin ironía, sin enojo y con amor; no le niegues tu perdon, pues es más culpado para consigo mismo que para con los demas. Por otra parte, ¿tan seguro estás de su perversidad? ¿Sabes acaso sus secretos pensamientos? ¿Estás cierto de que no le justifica algun hecho por todos ignorado? ¿Por ventura eres tú completamente puro? ¿Tienes seguridad de no incurrir en las mismas faltas? Y ya que las evites, ¿no entran por mucho en tu conducta la vanidad y el miedo?»

Si han de ser perdonados al hombre malo sus delitos, con mayor razon han de perdonarse los agravios del enemigo.

«A la primera señal de arrepentimiento, dice Marco Aurelio, otorgo mi perdon... En la mano del hombre está amar áun á aquellos mismos que le han ofendido. Véngate de un enemigo no pareciéndote á él, y muere perdonando.»

En verdad, dice Champagny al analizar las obras de Marco Aurelio, que en este punto la influencia cristiana no puede ser más evidente: nada en tales máximas es antiguo, ni romano, ni griego, ni gentil.

Pero si tan superior á sus anteriores en filosofía se muestra el imperial estoico por lo que toca al sentido moral y á la tendencia hacia el bien, en materia del sentimiento y de la verdad religiosa, su inseparable base, es á todas luces inferior á Epicteto. De ahí sus contradicciones más palpables todavía, su supersticion más repugnante y mezquina, su vaguedad é indecision en punto á doctrinas, oscilando miserablemente entre las hipótesis más absurdas y encontradas. En él apénas asoma la idea de la unidad divina, y despues que Plutarco, Epicteto y otros le habían enseñado á decir *Dios*, dice y escribe todavía y casi siempre *los dioses*.

En resúmen, así en religion como en moral Marco Aurelio estuvo dotado del instinto del bien, pero no poseyó la verdad. La base que da á la virtud, esto es, el órden universal y nada más, es impotente para sustentarla, y sin la resolucion necesaria para considerar con atrevida y serena mirada el cuarteado é insostenible edificio del politeismo, si fué estoico no lo fué bastante para desdeñar la teurgía neo-pitagórica; si alguna vez se inclinó á esta escuela, no por esto rechazó el panteismo de los estoicos. Epicteto no pudo enseñarle á hacerse superior á los ritos y supersticiones gentílicas con la elevada mira de un alma naturalmente religiosa. Máximo de Tiro no logró imbuirle la nocion cierta de Dios uno y personal, del alma imperecedera y de la oracion. Su inteligencia ecléctica y su flaca voluntad se inclinaron siempre con timidez y supersticion delante de su pueblo y de sus dioses, y así se explica como el mundo pagano fué bajo el imperio del príncipe filósofo ménos filósofo y más pagano de lo que fuera en la época anterior, y como reinando un monarca clemente, casto, que tenía con el Cristianismo más puntos de contacto que ninguno de sus antecesores, fué con los seguidores de la religion divina intolerante y cruel.

«En filosofía, lo mismo que en política, faltáronle decision y firmeza. A ser filósofo más resuelto habríase salido más y más de las vias del paganismo y habría ahondado más en la verdad del sentimiento religioso. Político más decidido, habría comprendido que el crecimiento de las orientales supersticiones, la preponderancia que alcanzaban las ceremonias ocultas sobre la religion pública, las sectas de visionarios sobre los cultos oficiales, Isis y Mithra sobre Júpiter y Céres, la supersticion politeista y multiforme sobre el monoteismo habían de acarrear la ruina del imperio. Habría visto el patriotismo romano ó sus vestigios pronto á perderse en un cosmopolitismo en que dominaba el espíritu asiático, las costumbres romanas acabando de abismarse en la relajacion de las orientales, las instituciones de la libertad romana, ó cuando ménos sus restos ó su memoria, desapareciendo en la impetuosa corriente de un despotismo deificado como el de los monarcas asiáticos. Nada de esto vió ni comprendió Marco Aurelio: en vez de refrenar sus inclinaciones con su política, adoptó la política de sus inclinaciones. Es cierto que publicó y reprodujo, siguiendo el ejemplo de sus predecesores, los edictos contra los astrólogos y adivinos que tienden á «dominar por medio de supersticiosos terrores el espíritu variable de los hombres.» Pero ademas que esto era solo un aspecto de la supersticion pública desde mucho tiempo ilegal y de muy antiguo popular, no supo Marco Aurelio negar al público terror adivinos ni astrólogos al devastar la peste la ciudad... Y hasta tal punto cedió á él que su falta capital fué haber

abierto de par en par al orientalismo la puerta que sus predecesores mantuvieron casi siempre entornada. Antes de partir para su expedicion contra los Marcomanos hiciéronse en Roma infinitas ceremonias expiatorias: la ciudad entera fué purificada con agua lustral; durante siete dias las estatuas de los dioses fueron con solemnidad expuestas en lechos, segun los antiguos ritos... Pero no bastando éstos ya, fueron llamados de un modo oficial sacerdotes de todos los puntos de Oriente para que invocaran en favor de Roma sus propios dioses con sus propios ritos... Desde aquel dia Marco Aurelio parece entregado por completo á las prácticas orientales: un adivino egipcio, por nombre Arnufis, le siguió en todas sus campañas y le inició en el culto de Thot, el Mercurio egipcio. No bastando al emperador filósofo los dioses de Roma y Grecia, acudía á los ídolos de Egipto, y ponía á merced de la invasion asiática lo poco que quedaba de la moralidad, de la dignidad y de la libertad romana... A los clamores de su fanático pueblo, á las caricias de su esposa Faustina, á las instancias de sus preceptores y libertos habría debido Marco Aurelio negar tres cosas, y las tres las otorgó: la aceptacion de las supersticiones orientales, la designacion de Cómodo por sucesor suyo, y finalmente las cabezas de los cristianos. Perseguidor de éstos más cruel y sistemático de lo que lo fuera príncipe alguno desde Domiciano, puede de él decirse que con haber abandonado el imperio á la influencia deletérea del Oriente, con aquella funesta eleccion y con la sañuda guerra movida á la Iglesia, cuando sólo la Iglesia podía salvar á Roma, preparó por tres caminos el aniquilamiento del coloso romano.» (CHAMPAGNY).

A la muerte de Marco Aurelio, la filosofía estoica descendió del poder sin contar ni un nuevo discípulo.

FIG. 722. — Medallas de Palas y del rio Gelas.

Bien conocería el estoico coronado el aislamiento en que quedaba su doctrina cuando en medio de su grandeza, en apariencia feliz, amado, omnipotente, ofrecíase triste y desalentado como el último campeon de una secta vencida.

«Sufre con paciencia la muerte, decíase á sí mismo, pensando que no te separa de hombres que piensen como tú. Lo único que podría aficionarnos á la vida sería la esperanza de pasarla con quienes comparten nuestros sentimientos. En cambio contempla el dolor que se experimenta al hallar tanta divergencia en el trato habitual de los hombres, y sin gran esfuerzo dirás:—Ven ¡oh muerte! á fin de que no me llegue la vez de desmentirme á mí mismo.»

Y en efecto, Marco Aurelio fué él último estoico ilustre de la antigüedad, y la filosofía estoica, por un capricho quizas único en la historia del espíritu humano, acabó ocupando un trono. Pero así fué como, dejándose sentir en todos los ámbitos de la region intelectual el gran impulso dado desde lo alto del Calvario, la filosofía pagana, atea, perseguidora reflejaba á pesar suyo la luz de la verdad cristiana, y servía involuntariamente á su vez la causa de la verdad.

La filosofía epicúrea quedó dueña del campo, y en forma de baja y grosera licencia sobrevivió á toda clase de movimiento intelectual en el imperio. En el período histórico que siguió á la muerte de Marco Aurelio hasta el triunfo de Constantino no ofrece el paganismo un solo filósofo ni un moralista de alguna importancia. Como ántes, no cesaba la discusion en las escuelas, pero la sociedad pagana, cansada ya de tanta contradiccion é inconsecuencia, oía con completa indiferencia los debates. Su embotada inteligencia se había cerrado más y más para las explicaciones religiosas y abstractas; Vénus, Palas, Baco, Isis, Cibeles ¿eran mortales deificados, elementos personificados por la poesía, ministros de un dios único, ó esclavos de un destino inflexible? Nadie acertaba á decidirlo, ni nadie quería ya pensarlo, y como el catecismo de aquellas religiones no hablaba de verdades que abrazar, ni de dogmas que creer, y sí puramente de prácticas y ritos que cumplir, cosa muy fácil y hacedera pues no se exigía para ello ni esfuerzo de fé, ni sacrificio del corazon, ni siquiera la inmolacion de un solo vicio, continuaba el paganismo teniendo su fuerza en la costumbre, costumbre antigua, profunda, llena de analogías con la viciada naturaleza humana.

La filosofía del todo degenerada, hízose más y más callejera y mendicante.

«Ved en aquel pórtico, dice el poeta, en medio de risueño y ruidoso grupo á dos hombres que contienden. Ambos llevan larga la barba, grasienta la túnica y empolvado el manto; son dos filósofos. Estoico el uno, con la cabeza afeitada, descolorido el semblante, se mantiene de habas y gachas, siente horror por el lecho y soberano desden por la vajilla de plata; éste toma partido en favor de las creencias, y perora en defensa de la Providencia, de la patria y de la amistad; los dioses parecen estar bajo su tutela. Su adversario, un cínico, casi en

vivas carnes, con su alforja y sus mendrugos, más que argüir, se zumba, y brutal, despreciador de cuanto no sean los apetitos corporales, hace burla de los venerados nombres de patria, matrimonio y amistad, de los lazos todos de la vida humana. El triunfo queda por él, pues los espectadores prorumpen en carcajadas; hijo del pueblo, sabe hablar al pueblo su lenjuaje soez. Del taller de un curtidor ó de la tienda de un perfumista ha salido para abrazar el oficio más lucrativo de filósofo. Al dar la vuelta al círculo llueven los óbolos en su alforja. Buen ánimo ¡oh filósofo! en breve podrás dejar el cayado, afeitar tu desaliñada barba, y, como sabio retirado, renunciar á las austeridades de Diógenes, tu maestro. En tanto llega ese dia vé en busca de nuevos oyentes; los que ahora mismo tenías se han dispersado: los unos se han dirigido al templo de Isis para ser purificados; los otros han ido á pedir la salud á la diosa de la Fiebre ó el valor al dios del miedo; pero tú, contento debes de estar, pues te han pagado bien.» (LUCIANO).

Si entramos en la escuela del filósofo, verémos en ella un retórico, que compone el gesto, que estudia la frase, que se extiende en rimbombantes y difusos períodos, un filósofo de tribuna *(cathedrarii philosophi)*, que se desvive por ver á la multitud alzarse en pié y batir palmas. La filosofía, dice Champagny, llegó en Roma á venderse como mercancía en el mercado, en vez de enseñarse en un santuario; tenía charlatanes, no maestros.

Pero los filósofos de que hasta ahora hemos hablado, como Plutarco, Séneca, Máximo, Epicteto, Marco Aurelio, no pasaban de ser hombres mortales; otros hubo que se llamaron dioses y se presentaron como tales. No contento ya con comunicar con los séres sobrenaturales, aspiraba el hombre á identificarse con ellos; necesitaba ver su manifestacion viva y duradera en la tierra, quería que dios, ó el demonio pitagórico, se hiciese hombre y que el hombre ascendiese á dios. Jamas, dice un historiador, había existido tan ferviente entusiasmo para humanizar á los dioses y divinizar al hombre. Dejando á un lado el culto de los Césares difuntos y el más abyecto áun de los Césares vivos, tócanos mentar aquí alguna de las apoteósis más libres si bien no ménos repugnantes, quizas más sinceras aunque no más legítimas, que atestiguan la necesidad que experimentaban aquellas generaciones de lo que un gentil llamó «un dios venido á la tierra.» Téngase en cuenta que en una época en que el Cristianismo no había extendido aún entre los hombres aquel admirable buen sentido de que habla nuestro insigne Fr. Luis de Granada, vivían las almas en medio de ideas muy singulares y extrañas, sobre todo cuando grandes conflictos exteriores venían á avivar y exaltar la turbacion interna.

En Simon, llamado el Mago, comienza la série de filósofos ó impostores divinizados. Las blasfemias que proferían sus labios eran creidas por la muchedumbre, absorta con sus maleficios y mágicos portentos. Anunció un dia que volaría por los aires, y á la noticia de tal novedad, púsose en movimiento el pueblo de Roma, y hasta Neron que, segun Dion Crisóstomo había tenido algun tiempo alojado en su palacio al famoso personaje, quiso asistir al raro espectáculo. En la via Sacra levantóse la tribuna imperial y reunido gran gentío, el nuevo Icaro, dice Suetonio, se lanzó á los aires. Horrible había de ser su decepcion: á los pocos momentos, añade el historiador pagano, fué á caer precipitado junto á la tribuna del emperador, al cual salpicó con su sangre, y tradicion constante de la antigüedad cristiana es que las oraciones de san Pedro, del cual se presentara como rival en Roma el impostor samaritano, alcanzaron de Jesucristo el tremendo castigo. Esto no obstante, todavía, por espacio de muchos años, conservó Simon discípulos que le adoraron cual Júpiter, siendo su compañera Helena, tenida por Minerva.

Entre los ilusos ó impostores que vió aparecer aquella época extraordinaria fué famoso el llamado Apolonio de Tiana. El retórico Filostrato nos ha transmitido su biografía, si de tal puede calificarse una manera de novela, tejido de casos maravillosos y difusas declamaciones. Esto no obstante, de su existencia no puede en verdad dudarse, pues si bien es cierto que, exceptuando un insignificante pasaje de Epicteto, no hay contemporáneo que le nombre; que Tácito no habla de él; que el crédulo Plutarco, pitagórico como él y como él reformador del paganismo, no cita ni una sola vez á Apolonio, lo mismo que Dion Crisóstomo de quien se decía haber sido su amigo y haberse sentado con él en el consejo de Vespasiano, áun con todo esto no puede ponerse en tela de juicio su póstuma fama. Transcurrido un siglo desde su muerte ó desaparicion habla de él el fervoroso Apuleyo como de un mágico ilustre, el excéptico Luciano como de un impostor y un farsante, y por fin fué escrito el libro de Filostrato que, en medio de absurdas fábulas, cita gran número de hechos públicos, hace intervenir á Apolonio en muy grandes acontecimientos é invoca con harta frecuencia la tradicion de templos y ciudades para que todo pueda ser en él de pura invencion.

Así, pues, Apolonio existió, y si no fué el sér ideal que pintó Filostrato, sería sin duda filósofo, pitagórico, restaurador y reformador del culto pagano como tantos otros; perseguido por Neron y Domiciano, fué por el contrario protegido por Vespasiano y Tito, y mezclando como buen pitagórico la magia y la taumaturgia en su doctrina, en muchas ciudades fué considerado como dios ó igual á los dioses, aceptando él de buen grado tal título, ya que, segun la doctrina pitagórica, todos los hombres de bien son otros tantos dioses.

Admitiendo como semi-histórica la relacion de Filostrato, fundada en las memorias, quizas supuestas, de un asirio llamado Damis, compañero de Apolonio, nació éste en Capadocia; fué el dios Proteo encarnado, y desde sus

primeros años conoció los pensamientos más recónditos, predijo lo porvenir, curó los enfermos y tuvo el poder de los exorcismos, de resucitar muertos, y de evocar sombras. A orillas del Éufrates, en la frontera donde concluía el imperio y la civilizacion de Roma, halló Apolonio en sus largos viajes, en uno de los cuales llegó hasta la Bética, á Damis, que desde aquel dia fué su guía por aquellas tierras misteriosas y su discípulo más querido. Juntos recorrieron la Persia, la Etiopía, el Indostan, y consulsultaron á gimnosofistas, bracmanes, fakiros y magos, pudiendo entregarse Filostrato en aquellos relatos á todos los caprichos de su fantasía.

De esta manera, al igual de Pitágoras, el antiguo filósofo italiota convertido en taumaturgo, hízose de Apolonio el ideal del sabio, del mortal deificado, del hombre amigo de los dioses y revestido de su poder. Contábase que estupendos prodigios habían rodeado su cuna; que su madre le dió á luz en una pradera esmaltada de flores, entre el canto de los cisnes y celestes resplandores; que recibió luego la educacion pitagórica, guardando absoluto silencio por espacio de cinco años, que no comió en su vida carne, ni llevó encima de sí nada que procediese de animales. En sus incesantes viajes había reformado costumbres, rehabilitado á los dioses, y con una sola palabra suya realzado á la degenerada Lacedemonia, hasta que al fin, despues de un siglo ó poco ménos de existencia terrestre, perseguido, encarcelado desapareció con poder sobrenatural del mundo sin que nadie acertara en el modo ni hubiese quien pudiese mostrar su sepulcro. De él se decía que tomó parte en todos los grandes sucesos políticos de su larga existencia, desde la caida de Neron hasta la eleccion de Nerva, y que ya en vida tuvo templos y adoradores. Si hasta entónces no era cosa acreditada la castidad de Apolonio, pues en un libro á él referente, otro Filostrato (ó quizas él mismo) habla de un personaje que pasaba por ser hijo adulterino del filósofo, desmentido que fué el dicho por las memorias de Damis quedó sentada su virginidad como cosa indubitable. Á los prodigios que la tradicion le atribuía se agregaron los infinitos que presenciara Damis; él le había visto en la cárcel quitarse y ponerse las pesadas prisiones que le aherrojaban, y no se necesitó más para que Apolonio fuese tenido por verdadero dios. El sofista Eunapo, algun tiempo despues, llamó al libro de Filostrato historia de la venida de un dios á la tierra, y la vida de Apolonio, ornada con varios episodios tomados de la del Salvador, de la de san Pablo y de la de Simon mago, fué para los gentiles estimado resúmen de todas las historias divinas para oponerlo á la propagacion del Evangelio. Caracalla erigió altares al dios Apolonio; Alejandro Severo colocó su imágen en su capilla doméstica al lado de las de Orfeo, Abraham y Jesucristo. Aureliano se disponía á entrar á saco la ciudad de Tiana cuando Apolonio se le apareció en sueños y le ordenó respetar á su patria; así lo hizo el emperador, y levantó un templo al dios. En tiempo de Diocleciano el sofista Hierocles estableció formal y sacrílego paralelo entre Jesucristo y Apolonio, y el apóstata Juliano puso la imágen del segundo en la moneda.

En resúmen, tuvo Apolonio algunos seguidores, no muchos, y unos pocos templos; pero no llegó á formar secta como Simon, y á los pocos años quedó sin adoradores, no constando que en la restauracion idolátrica de Juliano se levantasen otra vez sus caidos altares. Unicamente algunos charlatanes de magia se entregaban á sus sortilegios en su nombre, sin que quedara de él una idea, una doctrina, un influjo cualquiera en la sociedad. La mentira es estéril, y Filostrato, al crear la figura de Apolonio, no hizo más que lanzar una nueva presa á la credulidad del paganismo espirante.

Igual esterilidad, el mismo olvido siguieron á la existencia de otros séres hechos dioses por la supersticion popular. Menandro, rival de Simon, en Oriente, Velleda Gauna y Maric entre los Bárbaros, Juan de Giscala y otros falsos profetas entre los Judíos, todos brotan á un tiempo y todos pretenden poseer potestad y orígen divino, todos se dan el nombre de dioses libertadores. En la ciudad de Troas era adorada la estatua de oro de cierto Nerulino, que vivía aún, le ofrecían sacrificios y le pedían oráculos. En Parium venerábase al dios Peregrino, un griego pervertido y disoluto apellidado Proteo á causa de sus frecuentes metamorfósis. Hubo un tiempo, á ser cierto lo referido por Luciano, en que fué cristiano y confesor de la fé; excomulgado luego por la Iglesia, tomó la alforja y el cayado, legó á su ciudad los restos de su patrimonio para abrazar la lucrativa pobreza del cínico, hasta que, atormentado por el deseo de singularizarse, dióse á hablar contra el poderío y la dominacion romana, y habría levantado á toda Grecia contra ella á ser esto posible para la degenerada Grecia. Frustrados entónces sus propósitos de hacerse famoso, ideó para conseguirlo morir de inusitado modo y con extraordinaria pompa: en los juegos olímpicos, en presencia de la Grecia entera, hizo que le preparasen una pira y anunció con gran anticipacion que en ella buscaría la muerte. Largo tiempo estuvo junto á ella perorando y poniendo por las nubes su glorioso fin; dice el excéptico Luciano que su deseo habría sido no llegar hasta él y ser dios sin haberse quemado, y en efecto, sus amigos le gritaban entre llanto y sollozos que conservase la vida para bien del pueblo; pero la muchedumbre, inflexible y cruel, quiso que acabara lo que había comenzado. Acabólo, pues, y ganó así la adoracion póstuma. No faltó quien viese su alma tomar de entre las llamas el vuelo en forma de pájaro, y algunos dias despues se presentó cubierto de blanca vestimenta y coronado de olivo con todo el esplendor de la apoteósis. Sus últimos restos fueron con gran empeño disputados; expidióse su imágen á todas las ciudades de Grecia, y entusiasta hubo que

pagó por su cayado un talento. Sus estatuas obraron prodigios y dieron oráculos.

Otro dios hubo, el paflagonio Alejandro, que gozó aún de mayor fama. A creer á Luciano, jamas más grosera impostura había fascinado la credulidad humana: hallada por casualidad en los fosos de Abonótica una pequeña serpiente escondida en un huevo, criólа el profeta Alejandro y la llevaba enroscada al cuello; tenía la serpiente cabeza humana y pronunciaba oráculos, de modo que interrogado el dios en cartas selladas podía escribir la respuesta en la misma carta sin abrirla; tal fué lo que aceptaron y creyeron primero los groseros Paflagonios, pueblo supersticioso cual ninguno en el cual pasaba por profeta cualquier tañedor de flauta, y lo que fué aceptado y creido despues en el Ásia Menor, en Tracia, y por fin en Italia y en Roma. Era Alejandro sagaz, elocuente, jóven y agraciado, y conocía, para aprovecharlas, las flaquezas y aficiones de su época, en la que estaba en moda como nunca el culto de los animales vivos y en especial de las serpientes. Acomodándose á aquéllas inventó misterios y ceremonias nocturnas, en las que, entre velos y antorchas, eran representados los amores de Alejandro, nuevo Endimion, y de la Luna, enamorada de su belleza. Persuadido de que los hombres de su tiempo pensaban en la salud del cuerpo más que en la del alma, no quiso darles preceptos morales, y sí recetas curativas; expendía ademas ungüento de grasa de oso, excelente para todas las enfermedades, y daba como antídoto contra la peste un verso alejandrino que había de escribirse en el umbral de la puerta. Prometía, en una palabra, cuanto exigía la devocion de aquella época; placeres, salud y dilatada vida, recibir herencias y descubrir tesoros.

A pesar de algunos incrédulos, entre los que se contó Luciano, obtuvo Alejandro gran aceptacion en tiempo de Antonino y mayor todavía reinando Marco Aurelio. Aun en vida tuvo un templo y gran número de sacerdotes; sus oráculos, por cada uno de los cuales se satisfacia un dracma, llegaron á producirle 80,000 dracmas anuales; sus emisarios recorrían el mundo, y aunque á nadie salvó, su verso contra la peste se leía en todas las puertas. Consultábanle los generales, por más que Severiano halló la muerte por haber seguido sus consejos; Marco Aurelio se le mostró muy propicio, á pesar de que sus oráculos ocasionaron á los Romanos una derrota en Germania, y el procónsul Rutiliano, ademas de ampararle contra sus enemigos, se declaró su discípulo y su adorador, y casó luego con una hija de Alejandro y de la Luna. Varias medallas dan testimonio del favor con que los emperadores distinguieron á Alejandro; la ciudad donde naciera hubo de cambiar, á peticion suya, el nombre de Abonótica por el de Ionópolis; diferentes pueblos le consagraron fiestas y estatuas, y su serpiente Glycon está representada en el reverso de los bustos de Antonino y Vero.

Finalmente, á tanto llegaba entre el pueblo el furor por la apoteósis que quiso conferirla á los mismos cuya divina mision era combatirla y destruirla en la errada forma en que el paganismo la entendía. Hallándose san Pablo y san Bernabé en Lystra de Licaonia, una curacion milagrosa por ellos obrada conmovió en alto grado á las gentes, «las que, al ver lo que Pablo había hecho, levantaron la voz y dijeron en lengua licaónica:

»—Han descendido á nosotros dioses en forma de hombres.

»Y llamaban á Bernabé Júpiter y á Pablo, Mercurio, porque era él el que llevaba la palabra. Tambien el sacerdote de Júpiter, cuyo templo estaba en la entrada de la ciudad, trayendo ante las puertas toros y guirnaldas, quería ofrecerles sacrificios, lo que, oido por los Apóstoles, rasgando sus vestiduras, se precipitaron entre el gentío, dando voces y gritando:

»—¿Qué vais á hacer? ¡Deteneos! hombres somos mortales lo mismo que vosotros, y os predicamos que de estas cosas vanas os convirtais al Dios vivo que hizo el cielo y la tierra y el mar y todo cuanto hay en ellos.

»Y diciendo esto, apénas pudieron apaciguar á las gentes para que no les ofreciesen sacrificio.» (Hechos de los Apóstoles).

No obraba así la filosofía: si la idea de la unidad divina se nos presenta ya en el lenguaje de las dos escuelas, la neo-pitagórica y la neo-estoica; si elevados y más verdaderos principios morales sustituían al cruel rigorismo con que se trataban los hombres entre sí, los filósofos de ámbas, aunque persuadidos de que la teología pagana carecia de sentido, de que Dios no está encerrado en el ídolo, de que la mayor parte de aquellas tradiciones y ritos eran impuros, ofensivos para la divinidad, obscenos y cuando no sanguinarios pueriles, áun así los acataban y abogaban por su conservacion «como un precepto de la ley, ya que no como homenaje agradable á Dios; éste premiará á los hombres su observancia como un tributo pagado, sino á la verdad, á la costumbre.» (Séneca).

¿Quién, ante la total carencia de una doctrina dominante y de un pensamiento concreto que se desprende claramente del ligero bosquejo hecho en el presente capítulo, podrá admirarse de la impotencia de la filosofía para poner diques á tanta abyeccion y del descrédito general en que por lo mismo cayó envuelta? Nada en definitiva esperaba ni podían esperar de ella los hombres; no era en sus libros donde las almas fervorosas habían de buscar los gérmenes de resurreccion, y en la confusion intelectual y moral que había de oscurecer las inteligencias, en aquel caos de doctrinas en que campeaban todas las contradicciones, el mundo hubo de perder toda esperanza en la eficacia de la sabiduría. Al quedar abandonados los antiguos dioses, al sustituir los tenebrosos cultos del Ásia á los más lúcidos de Grecia, Serapis á Júpiter, el Oriente al Occidente, no pudo aquélla ¡imposible empresa! reemplazar con la fuerza de la razon para

la inteligencia y el alma las prácticas y las enseñanzas del santuario. Quedaron, pues, los instintos primeros en los que tuvo orígen el politeismo: una necesidad de religion universal y vaga que todo lo aceptaba, que todo lo revolvia y confundia, dominando necesariamente en tal confusion las tendencias primitivas del politeismo, esto es, el culto de la naturaleza y las nociones panteísticas que la MITOLOGÍA y la filosofía griega pensaron haber encadenado.

Así, pues, á pesar de aquella general ruina, el politeismo se mantenía vivo como en sus mejores dias; si mostraba ya muy deslucidas las heróicas tradiciones homéricas, las graciosas fábulas helénicas y las más graves de la antigua Italia, subsistía aún bajo otras formas, y en el gabinete del filósofo con el nombre de destino, en los palacios con el de César, en los templos entre los variados ritos propios y extraños, en los misterios degenerados, en los símbolos impuros, el padre de la mentira, segun expresion del apóstol, el inspirador de la idolatría era festejado y adorado. Saya era la potestad política al igual que la majestad religiosa, y nunca aquella potestad se había mostrado tan infernal por sus vicios, tan temida por su fuerza, tan colosal por la extension de su imperio. Reinaba la idolatría, y el Dios uno, inteligente, inmaterial, era como nunca desconocido por el mayor número de los hombres.

Esto fué el paganismo en los postreros siglos de Roma: incapaz, así por sus fábulas como por su filosofía, de enseñar, guiar y mejorar el linaje humano, y sin embargo, arraigado muy profundamente por sus mismos vicios en la vida de los pueblos.

Como el antiguo fervor religioso y las puras costumbres que eran del mismo consecuencia fueron la base de los triunfos de Grecia primero y de Roma despues, de su gran esplendor y del inmenso poderío de la reina del Lacio, asimismo el cuadro que hemos bosquejado, el general descreimiento y la universal corrupcion explican y presentan como hechos naturales y lógicos en la gran escena de la historia el vencimiento de las ciudades griegas, los postreros raquíticos dias de la gran república, la elevacion de César y la horrible y vergonzosa tiranía de muchos de sus sucesores, que tal es el necesario y repugnante camino que se abre siempre para los pueblos descreidos.

CAPÍTULO III.

Extraordinaria expectacion del mundo.—Pronósticos y profecías.—*Egloga* IV de Virgilio.—Enmudecen los oráculos.—Nacimiento del Salvador del mundo.—El cristianismo naciente.—San Pedro y san Pablo en Roma.—Incendio de la ciudad.—Primeros mártires.—*Insania crucis*.—Persecuciones.—Martirio de san Ignacio.—Ultimo combate.—Guerra entre Constantino y Maxencio.—Vision del Lábaro.—Constantino invoca la proteccion del Dios de los cristianos.—Batalla del puente Milvio.—Triunfo y conversion de Constantino.—Edicto de Milan.—Inmensa alegría del mundo cristiano.

En medio de esta degradacion y de esta decrepitud grandes temores y tambien grandes esperanzas agitaban á la humanidad. Contestes están los autores y monumentos todos de la época en decirnos que si la sociedad no había de hundirse en el caos de su vergüenza y de sus crímenes era preciso que la salvase extraordinario y portentoso suceso.

Opinion general es y acreditada que las promesas y las esperanzas de la redencion, en forma más ó ménos vaga, no fueron ajenas del todo al paganismo. Desde ántes de la época de Augusto no era sólo el pueblo de Israel el que aguardaba al Mesías, y al nacer aquel príncipe en la entónces oscura familia Octavia, pronósticos en gran número anunciaron, dice Suetonio, que la naturaleza había de parir entre dolores á un rey del linaje humano. Por ciudades y aldeas corrían oráculos atribuidos á la sibila de Cumas; el prudente Octavio, segun hemos dicho ántes de ahora, dispuso que en número de muchos miles fuesen entregados al fuego, pero sábese que tales profecías anunciaban la regeneracion del mundo á poco despues de haber acaecido la ruina de las ciudades etruscas.

Singulares y extraordinarias ansias, los monumentos de la época unánimes lo atestiguan, acompañados de una vaga é inmensa esperanza, agitaban á Oriente y Occidente. Destruidas por Roma las varias nacionalidades que constituían el mundo civilizado, presentíase un nuevo órden de cosas que la ciencia humana no acertaba á explicar al paso que las tradiciones del universo, los oráculos de la Sibila, las profecías del judaismo anunciaban á los hombres ser llegada la hora de un supremo acontecimiento.

El mundo se hallaba como en afanosa espectacion; el Oriente de un confin á otro confin creía estar tocando á la regeneracion esperada; la fatídica Etruria, moribunda al impulso de la rigurosa mano de Sila, reconocía en esta señal tremenda que su gran siglo iba á espirar, y que los hombres pisaban los umbrales de nuevas edades. Dormidas hasta entónces las naciones en sombras de muerte preséntanse de pronto excitadas por las ansias de la duda, por mil risueños ó pavorosos fantasmas evocados por el temor y la esperanza. Profecías en verso y en prosa, circulaban de Oriente á Occidente y de Occidente á Oriente; cada pueblo tenía la suya, llevando el sello distintivo de su creencia religiosa y de su genio poético, y la miraba como la clave de aquel porvenir sin nombre hacia el cual gravitaban todas las cosas. Para